



Yo pensaba que este verano iba a ser aburrido, pero me lo estoy pasando genial.



El ser humano se alegra cuando realiza el bien

En el amor a los demás demostramos el amor a Dios. Un amor que es júbilo y alegría porque no hay amor más grande que el amor a Dios. Así nos lo enseña el Señor cuando nos dice: "Os aseguro que todo lo que hicisteis por uno de estos hermanos míos más humildes por mí mismo lo hicisteis" (Mateo 25, 40).

Ayudar a los demás (pobres, hambrientos, enfermos, personas solas, ancianos, personas que sufren, ect) es ayudar a Dios y por tanto, realizar el Bien. Y en ese ayudar, al contrario de lo que pueda parecer, el hombre es feliz, porque el hombre es feliz cuando hace el bien. Así nos lo demuestran muchas personas, como por ejemplo los misioneros, que han dejado sus vidas comodas, como fue el caso de San Francisco Javier, patrón de Navarra y patrón de los misioneros, para darse a los demás, para ayudar a los más necesitados, para estar junto a los que sufren, para anunciar el Evangelio y llenar de alegría a los hombres.

Cuántas veces hemos escuchado decir a estos misioneros que no cambiarían sus vidas por nada en el mundo. Y es que la respuesta está en Dios. En Dios está el bien, está el amor, está la plenitud, está la alegría.

Con este dibujo he querido representar la alegría que hay en el dar, la alegría que supone ayudar a los más necesitados, como Dios lo hizo con nosotros cuando nos entregó a su Hijo amado. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo, para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga vida eterna" (Juan 3, 16). No hay mayor acto de generosidad y de amor que el que Dios hizo por los hombres, entregando a su Hijo amado para salvarnos del pecado.

No nosotros debemos corresponder a ese amor, dando y realizando el bien allí por donde pasemos, con pequeñas gestos o con grandes obras, siempre en la medida de nuestras posibilidades. Porque el hombre encuentra felicidad cuando hace el bien y sigue los mandatos de Dios. Y así lo explicó el Papa San Juan Pablo II a los jóvenes: "Conozco y comprendo vuestras legítimas ganas de ser felices, pero sepan que la alegría no se obtiene con dinero, éxito y poder, ni con el placer superficial y efímero de los sentidos, la verdadera alegría es una conquista que no se alcanza sin una lucha larga y difícil y, por supuesto, siguiendo a Nuestro Señor y sus Bienaventuranzas".